

## textos

## libros

**de cómo orientarse en lo monstruoso**, (R. Safranski, *Nietzsche. Biografía de su pensamiento*, Tusquets, *La Razón*, febrero de 2001

A diferencia de lo que es casi habitual en el género biográfico, en este libro no se degrada la importancia de una obra con las posibles mezquindades humanas de su autor. Es ésta una "biografía" que no entra en el género de acusaciones *ad hominem*, el acoso y derribo acostumbrado que la incultura actual practica contra los maestros de ayer (de Hemingway a Koestler, media biblioteca nuestra ha pasado ya por esta penúltima inquisición). Por el contrario, dado que Nietzsche ha organizado su vida en torno a una tarea gigantesca, y aquélla no se explica sin ésta, Safranski parece sentirse obligado a intentar redefinir el rastro laberíntico de su biografía a la sombra de un pensamiento que aún nos sigue inquietando.

Encontramos en el texto de Safranski un vivo retrato de los amigos, los lugares y los estados de ánimo del autor de *Así habló Zaratustra*. Por ejemplo, cuanto se dibuja aquella extraña seriedad infantil que causaba burla o temor entre los compañeros de juego. También cuando se narran los primeros escauceos juveniles con la escritura, la ruptura con Wagner, la embriaguez y el posterior tormento de la relación con Lou Andreas-Salomé. La temprana afinidad con Hölderlin, Byron y otros "enajenados"; la necesidad enfermiza de mapa y escritura que posee quien, tras la muerte paterna y el exilio de Röcken, vive dividido, como fuera de sí; la forma absolutamente conmovedora que el "pequeño pastor" tenía de recitar de memoria; la extraña fijeza de una mirada que paralizaba a sus compañeros de escuela... Todo esto vuelve a pasar ante nuestros ojos engarzado, con más o menos fortuna, en los jalones de un pensamiento que ha pasado a ser tópico pero *sabemos* que no conocemos. De manera que la filosofía y su creador vuelven a dar otro giro en el insomnio de nuestras cabezas.

A la par, la mitad de la cultura moderna reaparece en estas páginas. De Schopenhauer y Stirner a Wagner, de Emerson a Mann, de Weber a Heidegger o Jaspers, enclaves cruciales de nuestra memoria son revisitados, sometidos a un temblor que pasa entre ellos como con pasos de paloma. Y todo ello mientras se siente a este hombre, que sigue siendo un misterio para sí mismo, jadear en el yunque de la propia configuración, lanzando al desierto aforismo tras aforismo, libro tras libro. Cómo se llega a ser lo que se es. Una cronología final complementa el retrato del calvario y el éxtasis de un hombre que, como Hijo de un tiempo sin Padre, pensó y posiblemente modificó el destino occidental.

Dicho esto, se puede aventurar que este libro flaquea allí donde intenta meterse de veras en los puntos cardinales de un sistema para el cual tal vez no somos suficientemente joviales, en suma, libres. Dos momentos clave de la filosofía nietzscheana, la "doctrina" del Eterno Retorno y la idea del Superhombre, resultan a mi juicio seriamente desenfocados. En los dos casos hay

una deformación naturalista o biologicista, un prejuicio típicamente moderno que (como quizás también le ocurre a Sloterdijk) impide penetrar en la sutileza *afirmativa* del "doctor" del Eterno Retorno. La figura de *el niño*, significativamente, ni siquiera es mencionada. Es dudoso asimismo el papel que Safranski le otorga al arte en la constelación nietzscheana. En contra de lo que insinúen todas las apariencias, quizás por culpa de su belleza, el rigor conceptual de Nietzsche es de una extraordinaria dificultad, y sólo los más grandes de la filosofía -Jaspers, Heidegger, Deleuze- han pasado airoso la prueba. Para terminar con la lista de faltas, también podríamos anotar en algunos momentos la ausencia de un retrato más *carneal* de quien, según Heidegger, fue un hombre tímido obligado a gritar en el pórtico blindado de nuestra sordera.

Sin embargo, tales "defectos" brotan tal vez de la virtud de este libro, pues se deben al riesgo que su autor asume al intentar la biografía guiado por un pensamiento intrincado. Finalmente, tal déficit se corresponde con cierta impotencia postmoderna para pensar la esencia de una existencia (*Dasein*) que se alimenta de la dureza de su propio desamparo, sin ningún otro fundamento externo. Razón de más para agradecerle a Safranski que haya vuelto sobre un hombre que se atrevió a enfrentar la verdad al saber para hacerle sitio al enigma de lo inmediato, recuperando una inocencia que respira más allá del bien y el mal decretados como universales.